

# El regreso de Theodor W. Adorno



Héctor Vizcaíno

Melancolía y verdad. Invitación a la lectura de Th. W. Adorno  
*Jacobo Muñoz (ed.)*

Biblioteca Nueva, Madrid, 2011, 294 pp.

Quizá convendría comenzar por el final del volumen colectivo, editado por Jacobo Muñoz, para referirnos al comienzo del asunto que nos ocupa. José Luís López de Lizaga, en el apéndice final «La recepción de Adorno en España», nos recuerda que la (primera) recepción, a principios de la década de los 70, estuvo mediada por el debate en torno a la (supuesta) superación de los planteamientos del grupo que integraba la primera generación de la Teoría Crítica por la segunda, mediante un cambio de paradigma que, a través de una teoría de la acción comunicativa, dejaba atrás, entre otros, los planteamientos de la filosofía de la conciencia y la disolución de la instancia racional a la que conducía, fundamentalmente, Adorno. Así, la primera recepción de su obra estuvo mediada parcialmente por el signo de una crítica que se prolongó hasta mediados de los 90, cuando, de

la mano de especialistas de diferentes universidades españolas, tuvo lugar una relectura que puso en tela de juicio la condena habermasiana e inició una revalorización de la virtualidad crítica del proyecto teórico de Adorno. Este movimiento llega hasta nuestros días, como recuerda López de Lizaga en su repaso del creciente número de obras, tesis doctorales, revistas monográficas y congresos dedicados a Adorno en los últimos años. Desde la historia efectiva de la recepción, puede decirse que este volumen colectivo es el resultado de ese trabajo de relectura y revalorización, en la medida en que se aborda la obra de Adorno como la intervención de un pensador individual que sigue teniendo una relevancia fundamental tanto para comprender como para seguir ejerciendo la crítica de nuestra propia actualidad.

Lejos de lo que pudiese dar a entender el título y el subtítulo, *Melancolía y verdad. Invitación a la lectura de Theodor W. Adorno* no se presenta como una introducción al uso a un autor; tampoco las dos rúbricas del subtítulo son el eje de reflexión sobre el que pivotan las distintas colaboraciones. En él no se encuentran, explícitamente, los aspectos que recoge una introducción tradicional: una biografía y una descripción del contexto histórico-social y de las influencias intelectuales del autor, seguida de una introducción, más o menos sistemática, a sus obras más importantes, un examen de la estela teórica que ha dejado en los planteamientos de otros pensadores, etc. Todos estos aspectos, de algún modo, están presentes pero bajo la forma de doce intervenciones independientes leídas en las *Jornadas sobre Adorno* celebradas en 2008. Esas doce contribuciones conforman la primera parte del volumen, seguida de una segunda que, bajo la rúbrica *Apéndice*, además del estudio sobre la recepción, recoge el inicio de un debate sobre la actualidad de Adorno. Es Jacobo Muñoz quien se pregunta si algunos de los planteamientos adornianos como el carácter homogeneizador de la lógica de la identidad o la industria cultural, a la luz del presente, no han quedado obsoletos. Maura Zorita recoge inmediatamente el guante y responde que su propuesta no solo no es inactual, sino imprescindible para comprender críticamente los cambios que configuran nuestro presente. Así, los distintos trabajos que conforman el volumen, entre cuyos firmantes se encuentran

algunos de los más distinguidos especialistas, constituyen una introducción heterodoxa, desde diferentes ángulos y perspectivas, a los temas, problemas y conceptos que configuran la obra de Adorno, proporcionando al lector las herramientas imprescindibles para enfrentarse a su lectura directa. Además de esta dimensión introductoria, el volumen cuenta con colaboraciones que intentan alumbrar lugares oscuros de la obra de Adorno o establecer relaciones externas con otras corrientes. Entre ellos, cabe destacar el estudio sistemático que Maura Zorita dedica a la idea de verdad no-proposicional en la obra de Adorno; la ambivalente valoración del concepto de derecho, siempre asociado al intercambio, de la que se ocupa Robert Zwarg en «Aproximaciones a Adorno y el derecho»; o las afinidades teóricas que establece Torben Lohmüller, en «Adorno en el Imperio. Ontología y Teoría Crítica», entre la dialéctica negativa de Adorno y los planteamientos de *Imperio* de Negri y Hardt.

En el artículo que da título al volumen, Muñoz se encarga de hacer una panorámica aproximación a la figura y pensamiento de Theodor W. Adorno. Tras un breve repaso de las circunstancias que hacen de él un «autor inclasificable», realiza una sucinta exposición del programa inaugural del grupo que constituyó el *Institut für Sozialforschung* –del que Adorno entró a formar parte como musicólogo– y que, desde una colaboración multidisciplinar marcada por una *perspectiva* marxista y materialista, tenía «la pretensión de desarrollar una reflexión en la que el

análisis social, la intención crítica y la elaboración de un diagnóstico del presente culminaran en la propuesta de unos parámetros normativos capaces de orientar, de acuerdo con las nuevas exigencias históricas, la acción emancipatoria de los sujetos sociales interesados en ella» (pp. 14-15). La Teoría Crítica se hizo cargo de que, aunque en las escindidas sociedades modernas se encuentran presentes de modo inmanente potenciales para la emancipación, al mismo tiempo, éstos están reducidos y limitados. En esa contradicción se encuentra la raíz de las patologías y paradojas de una Modernidad cada vez más racionalizada y, a un tiempo, más irracional y opresora. Es por ello que se requiere un análisis de las formas opresivas que configuran la realización objetiva de la razón. Con este programa interdisciplinar como telón de fondo, los temas básicos que Muñoz destaca de la reflexión adorniana son: 1) la crítica del optimismo metafísico, entendido como el intento de reconciliación del espíritu con lo negativo. Esta crítica cobra aún más pertinencia si se tiene en cuenta su contexto histórico: el auge del fascismo, las guerras mundiales, el carácter autoritario de las sociedades del capitalismo avanzado, el estalinismo, la industria cultural y, por encima de todo, el Holocausto. 2) Destaca la crítica que lleva a cabo de la Ilustración –tradición a la que, sin duda, pertenecía–, al cuestionar los procesos contradictorios de la Modernidad, su relación ambivalente con el dominio y la lógica despótica de la identidad que produce la disolución del particular en la generalidad. 3) La «condición dañada»

de la vida en el capitalismo tardío, que implica tanto un examen crítico de éste como de la subjetividad cosificada que produce. 4) Por último, el intento de pensar lo impensable en el momento del deceso de la metafísica, esto es: lo que supone Auschwitz y pensar después de Auschwitz. Curiosamente, Muñoz no menciona entre los temas más recurrentes de la reflexión adorniana el de la obra de arte y su reflexividad.

Con algunas excepciones, la mayoría de las contribuciones se hacen cargo del segundo y el tercer tema: las contradicciones de los procesos de racionalización que producen el carácter dañado de la vida en las sociedades del capitalismo tardío. Buena parte de ellas, explícita o implícitamente, abordan uno de los asertos más conocidos de Adorno: «No hay vida justa en la vida falsa». En este aspecto es en el que nos centraremos. Es, justamente, el tema del que se encarga López de Lizaga en «La filosofía moral de Adorno». Dialécticamente, Adorno intenta mostrar cómo en la sociedad actual los atisbos de una vida buena o de unas relaciones intersubjetivas correctas se invierten y se manifiestan como su contrario. (En esta línea se mueve «Cinco proposiciones sobre lo verdadero y lo falso» de Christoph Menke, que intenta comprender qué entiende Adorno por vida buena mostrando, previamente, que la condición dañada de la vida se encuentra en el hecho de que en ella no puede realizarse nada bueno.) La teoría moral de Adorno no puede ser sino una teoría negativa que parte de la premisa de que los sistemas sociales cosificados frustran cualquier

intento de obrar y vivir correctamente. El objetivo de López es analizar de qué modo Adorno aborda la cuestión de si es posible actuar moralmente en una sociedad cosificada y, en caso contrario, si la acción moral requiere para ser posible la emancipación de la sociedad. La respuesta se encamina por esta segunda vía. Para ello pone de manifiesto la conexión existente entre la tesis adorniana de la imposibilidad de la acción moral en la sociedad contemporánea con el concepto de cosificación de Lukács, aplicándolo en el análisis de las relaciones intersubjetivas de los fenómenos más cotidianos. Este análisis muestra la imposibilidad de iniciar cualquier tipo de interacción social no contaminada por la instrumentalización. A continuación, señala que el análisis adorniano solo se comprende en su justa medida como una crítica a la conciencia moral kantiana. Según Adorno, la conciencia moral de la acción no garantiza ni la supresión de la violencia ni de la instrumentalización de los sujetos. Las certidumbres morales inflexibles no son el rasgo de la buena voluntad, sino que caracterizan una subjetividad endurecida e intransigente. Desenmascarado y rechazado el *factum* de la conciencia moral, se pone de manifiesto que cumplir las normas morales es contribuir a perpetuar, con buena conciencia, la opresión social. Adorno, no obstante, propone que la constitución de una conciencia moral diferente requeriría que el sujeto suspendiese la represión que ejerce sobre sí mismo rebajando los férreos controles del super-yo y permitiera la acción de la espontaneidad, dirigién-

dose a los otros de un modo no instrumental. Sin embargo, esta transformación sólo puede producirse sobre la base de una transformación social: «sólo la construcción de una sociedad igualitaria haría posible la libertad y la moral» (p. 200).

En el análisis de la sociedad que produce la imposibilidad de la acción moral se inscribe el trabajo de José A. Zamora, centrado en el análisis de la «Crítica inmanente del capitalismo». Comienza justificando por qué el análisis adorniano de la «totalidad social» tiene un alcance teórico mayor que el concepto de «sistema» de Habermas: éste no explica cómo se origina la violencia estructural y las coacciones objetivas en las sociedades capitalistas. Zamora nos recuerda que «la crítica de la economía política nunca la interpretó Adorno como mera teoría económica marxista, sino como crítica del proceso social global de reproducción de la vida» (p. 78). Desde ahí, apuesta por examinar los conceptos de origen marxiano que Adorno pone en juego para comprender la sociedad como totalidad negativa, y la contradicción que está en su base: la organización social que a todos abarca se caracteriza por el antagonismo en la medida en que lejos de garantizar la autoconservación de sus miembros, genera y reproduce relaciones de dominación. Los individuos, en consecuencia, quedan reducidos a mera lucha por la autoconservación, frustrándose la autonomía que les permitiría perseguir finalidades más allá de aquélla. Puesto que la crítica adorniana del capitalismo como totalidad negativa no es externa, sino

inmanente, ésta tiene su condición de posibilidad en el sufrimiento que origina. Y aunque no hay a la vista una praxis emancipatoria de esta totalidad, la crítica no puede separarse de la preparación de una praxis con una auténtica capacidad transformadora. Según Zamora, en la exploración de esta vía reside uno de los elementos fundamentales de la actualidad de Adorno. A propósito de esa preparación para la praxis, José María Ripalda –autor de la primera traducción al castellano de *Dialéctica negativa*–, en «Lo político imposible», reflexiona críticamente sobre el lugar que ocupó Adorno en el contexto de las revueltas estudiantiles y las razones que llevaron al mismo Ripalda a alejarse de las posiciones del autor alemán.

En «Ocaso del individuo, recuerdo de lo vivo. Sujeto y naturaleza en Adorno», López Álvarez se hace cargo del problema de la destrucción del individuo en las sociedades avanzadas planteado por Adorno, entendiendo por tal el debilitamiento de la autoconciencia y de la capacidad de construcción de sentido, la pérdida de autodeterminación y la restricción de la capacidad de experiencia. A esta conclusión se llega desde el diagnóstico de las transformaciones en la naturaleza del capitalismo: es la racionalidad del intercambio capitalista, que está a la base de los procesos de la racionalización administrativa, jurídica y económica, la que ofrece la clave del destino del individuo. Entre las consecuencias que tiene este análisis a la hora de concebir el modo en que puede revertirse el proceso de degradación del individuo y de-

terminarse su autorrealización, entre otros, supone adoptar como horizonte crítico no la recuperación de un sujeto sustancial sino el mantenimiento de una dialéctica sin resolución en la que el individuo y sociedad se enfrentan constantemente a su propia caducidad y alteridad. En este contexto, se analiza la enigmática «rememoración de la naturaleza por parte del sujeto» como el lugar en el que Adorno y Horkheimer localizaron la reversión de la extinción del individuo.

Por otro lado, entre las contradicciones de los procesos de racionalización se encuentra el antisemitismo que Adorno y Horkheimer estudiaron en uno de los excursos de *Dialéctica de la Ilustración* y es el tema que preside la contribución de Germán Cano «A vueltas con el “hechizo” burgués. Resentimiento y antisemitismo en Adorno». En ella se examina el peso crucial que tiene la concepción nietzscheana del resentimiento (y el examen que Freud llevó a cabo del malestar de la cultura) en el análisis que *Dialéctica de la Ilustración* realiza de este fenómeno. Ese antisemitismo, surgido del resentimiento, estaba en la base de una de las calamidades más repulsivas e incomprensibles: los campos de exterminio. Marta Tafalla se ocupa tangencialmente de esta cuestión en la única contribución del volumen que atiende, explícitamente, a la dimensión estética de la reflexión adorniana: «De Theodor W. Adorno a Rachel Whiteread. El arte anamnético». Intenta mostrar que las reflexiones adornianas sobre la relación entre arte y memoria son un lugar privilegiado para comprender el arte

anamnético, es decir, «las obras creadas con la función explícita de conservar la memoria colectiva de una historia de injusticias que no ha sido resuelta» (p. 139). Tafalla nos recuerda que cuando Adorno afirma que el nuevo imperativo categórico es que Auschwitz no se repita, en realidad, se está transformando el imperativo categórico kantiano en un imperativo de la memoria. Un imperativo negativo, en la medida en que «no nos incita a perseguir un *bien ideal*, sino a resistirnos a un *mal real*» (p. 141), cuyo contenido particular tiene una pretensión universal en la que se establece una fuerte relación entre pasado y futuro. La pregunta que se plantea es cómo podemos salvaguardar la memoria del mal para que el recuerdo impida su repetición. Y aquí es donde la reflexión adorniana sobre el arte encuentra su lugar: para que el dolor de las víctimas no se olvide es necesario darle voz y el arte es la instancia privilegiada capaz de conservar esa memoria. Sin embargo, hay un peligro: la estetización del mal. Cuando ésta tiene lugar, la forma de la obra traiciona el contenido, al transformar el mal en algo edificante que deja de doler e incomodar. Para no incurrir en ella, el arte tiene que adquirir una forma negativa, entendiendo por tal una forma no afirmativa, placentera o completa. En consecuencia, la forma de la obra de arte es la instancia que permite la crítica, la conservación de la memoria y la exigencia de justicia. Desde estos presupuestos, Tafalla examina algunos monumentos de arte anamnético –caracterizados por su forma negativa y su intento de salvaguarda la memoria–,

especialmente las esculturas de Rachel Whiteread.

Para finalizar, aunque la valoración que hago de la obra es positiva –por constituir, como decía al comienzo, una invitación sólida a la lectura de las obras de Adorno, en la medida en que, al señalar los problemas, temas y conceptos que aquélla aborda, pone al alcance del lector las herramientas necesarias para enfrentarse a la lectura directa de, por qué no decirlo, una obra difícil–, no obstante, he echado en falta una presencia más central, y menos tangencial, de la *Teoría estética* de Adorno –en el doble sentido: como obra y como campo de reflexión. Salvo la excepción de la contribución de Marta Tafalla, reseñada más arriba, lo cierto es que el peso de la obra póstuma es más bien exiguo en el conjunto de colaboraciones. Cristoph Menke, tras preguntarse «¿cómo y por qué vías le es dado saber a Adorno en qué podía consistir la vida justa?», concluye que «Lo sabe de la experiencia del arte» (p. 32). Considero que esta vía no ha sido suficientemente transitada en las contribuciones, dejando un tanto desamparado uno de los lugares en los que Adorno sitúa la elaboración de una racionalidad no opresiva. Éste es, quizá, uno de los pocos defectos que pueden achacarse a un volumen que cumple, con creces, sus objetivos y anima a revisar, con ojos nuevos, las propuestas de Adorno.

Héctor Vizcaíno Rebertos  
Universitat de València